

# Chascom contra Tarragona



EL ENAN  
DEL BONET  
PUNTIAGUI

Chascom

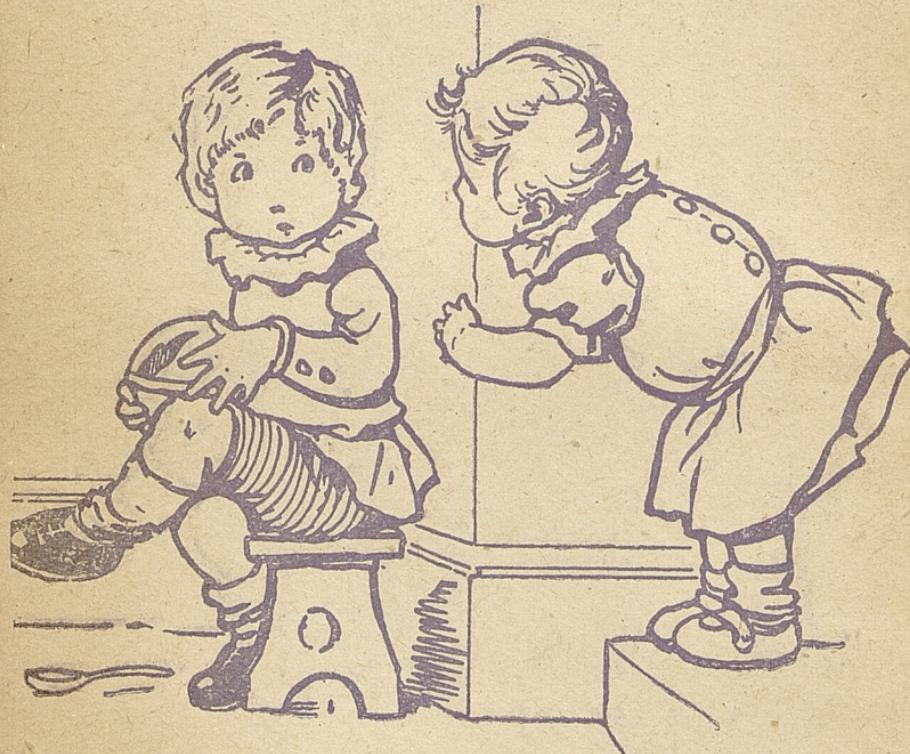
Revista infantil

Nº 6  
Año 1

4D  
ESTV

Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787.

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



—¿Qué te sucede, Pepito?

—Por qué estás tan asustado?

—Ay, Lolita, mi pelota

de pronto se ha reventado!



# Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 6

**G**anas de llorar le vinieron a Tarzán cuando se dió cuenta de que todo había sido un sueño. En realidad, Chascón estaba lejos, gozando de plena salud. No había recibido, pues, la paliza que Tarzán creyera darle.

—Este Chascón es un condenado que va a terminar matándome de pena y de rabia—se decía Tarzán, caminando por el bosque.

Iba cabizbajo. Unos pajaritos volaban por entre los árboles, gritando de alegría. A Tarzán lo puso de malhumor este regocijo de los pájaros. Le parecía que estaban burlándose de él.

No había caminado mucho, cuando he aquí que apareció un enano de barbas más largas que las de los viejos magos de las cortes de los antiguos reyes. Tarzán vió que el enano venía en un burrito gris, de rancio muy semejante al de los bailarines.

—Buenos días, enano amigo — le dijo Tarzán.

—Buenos días — le contestó el enano, llevándose la mano al pantiagudo bonete que le caía sobre el ojo izquierdo.

—¿Quieres llevarme en tu burro? — le preguntó Tarzán.

—Con el mayor agrado.

Tarzán no se hizo rogar. Trepó en el burro y cerró los ojos un rato. El enano, mientras caminaban, le preguntó qué le había sucedido para encontrarse tan fatigado. Tarzán le contó entonces su pelea con Chascón y la paliza que éste le diera, dejándolo dormido. Al llegar a este punto de la narración, Tarzán se sobó la barriga, como si todavía le doliera, y dijo después:

—Y lo peor del caso es que tuve un sueño que me dió mucha rabia. Fué un sueño espléndido: yo le daba a Chascón su castigo, el más ejemplar de todos. Y he aquí que de repente desperté. ¡Fué tremendo, tremendo, tremendo!

Para consolarlo, el enanito del bonete exclamó de pronto:

—Mira, Tarzán, no gimotees. Yo voy a ayudarte. Soy mago, es decir, todo lo que quiero puedo hacerlo. Pídemelo algo y lo haré en seguida.

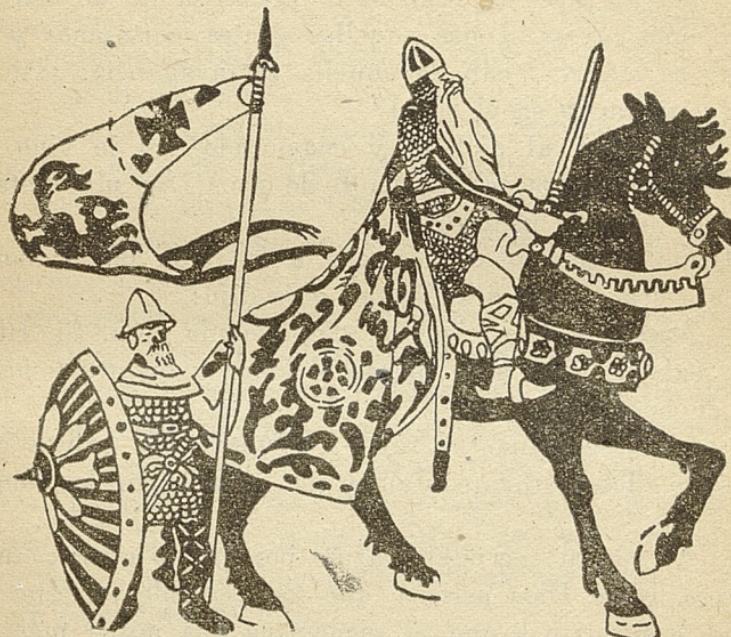
—Quiero que aparezca Chascón, para darle un fuerte golpe en la nariz — le dijo Tarzán...

El enano volvió a reirse sonoramente y le prometió a Tarzán cumplir su deseo.

—Gracias, gracias, enano amigo — dijo Tarzán, más feliz que un chico al que se acaba de regalar un juguete maravilloso...

*Si quiere saber lo demás, lea las páginas centrales.*

# PIEL DE ASNO



*Era un rey valeroso y bueno*

**E**ra un rey grande aquél.

Cuando no le llamaba la guerra a países vecinos o no se le entraba la guerra en su país, el buen rey se complacía en plantar jardines, encargar obras de arte a los escultores y pintores y amar con todos sus sentidos a la mujercita rubia que le había traído de no se sabe dónde una niña más bonita que las rosas mejores de sus espléndidos jardines.

Su palacio estaba lleno de cosas raras y curiosas: lámparas de oro afiligranado, sillones de marfil y ébano, tapi-

ces de Persia, telas, encajes y mármoles delicadísimos. Una servidumbre numerosa y diestra y unas magníficas caballeiras contribuían al bienestar de aquella pareja rica y di- chosa. Chocaba, sin embargo, en medio de tantas cosas bellas, y en un sitio de respeto, la presencia de un burro de grandísimas orejas. Todas aquellas gentes, cortesanos y burgueses, se maravillaban de aquella extravagancia. ¿Por qué sufrían un burro en el salón?

Pues señor, al dichoso y enamorado rey le vino también la hora negra, el momento de pena. Su mujercita enfermó de un mal incurable.

Como la muerte se acercaba a la reina por momentos, ésta, al verla, llamó a su esposo y le dijo:

—Antes de morir quiero exigirte una cosa. Si, cuando yo no exista, llama a tu puerta el amor y quieras tomar esposa de nuevo...

—¡Ah!—exclamó el rey. —¡Nunca! No hables de lo imposible. Tranquilízate. Jamás me pasará por la imaginación.

—Al ver tu encendido cariño por mí, lo creo; pero, sin embargo, como Dios permite que todo cambie en este mundo, yo te autorizo a que, si encuentras una mujer más bella y más inteligente que yo, la hagas esposa y reina.

El rey protestó rendido, envuelto en lágrimas; pero al fin, viendo que su reina expiraba, juró cumplir su deseo. Y la pobre reina murió contenta en los brazos temblorosos del rey. Jamás se ha visto sufrir tanto a un hombre. Lloraba, lloraba sin cesar. Hubiéramos dicho al verle que se daba prisa por agotar las lágrimas y los sufrimientos.

Pocos meses después, su soledad se le hacía insopportable y pensó en buscar nueva compañera. ¡Ah!, pero había que cumplir con lo prometido. ¿Sería fácil hallar una mujer más bella y más inteligente que la recién encerrada en el magnífico panteón real?

Pronto se convenció el rey de la dificultad. Como perros perdigueros salieron sus emisarios y buscaron en la corte misma, en los pueblos del reino, en las aldeas, en los castillos más apartados, en los países vecinos. Parece que Dios no acumula sus dones en una persona. A la que le da gran inteligencia, le da verbigracia, una nariz respingona, y a la verdaderamente bella le otorga la cantidad de sesos que cabe en un dedal de niña.

En una mujer, sin embargo, se reunían las dotes exigidas, y con más perfección aún que en la propia reina muerta: en la infantita. Era ésta una mujercita rubia, clara como las rosas color de rosa, cariñosa como la piel de un manguito, alegre como las amapolas en el mes de abril e inteligente como los ojos de Minerva (la diosa de la sabiduría). El rey, sin pensar en lo que decía—loco de atar—, le dijo que para cumplir con el deseo de la muerta debía casarse con ella. Palabras que cayeron sobre la princesita como si trajeran consigo el peso de todas las montañas de la tierra. Rompió a llorar; lloró muchos días; pero al fin se decidió a ir en busca de su madrina, una viejecita muy aseada y muy lista, que tenía un palacete de nácar y de coral en un rincón del bosque.

—Sé lo que buscas aquí — dijo la madrina al verla aparecer—. Conozco la tristeza que te aflige. Pero consúlate. Déjate guiar por mí. Lo que quiere tu padre es una locura; pero, en lugar de contradecirle, vamos a buscar estorbos tan grandes que hagan imposible esa disparatada boda. Dile que, para ser su esposa, te ha de regalar antes un vestido color de cielo. Créeme, a pesar de todo su poder y de toda su riqueza, no ha de poder conseguir un vestido semejante.

La princesita volvió a su palacio y, con un miedo que la estremecía toda, le dijo a su padre lo que ya sabemos. Y el rey mandó venir a los mejores sastres del reino y les dijo que si entre todos no había uno que consiguiera hacer un tra-

je color de cielo, los mandaría colgar a todos de las almenas.

Apenas había clareado el día siguiente ya estaba en palacio el vestido deseado. El más delicado azul del firmamento, con sus nubes de oro suave, no igualaba a aquel magnífico trozo de tela.

Traspasada de dolor y de alegría al mismo tiempo, la princesita fué en busca de su madrina.

—¿Qué me aconsejas que responda? ¿Cómo salir del nuevo conflicto?

—Princesita, pídele ahora un vestido más brillante y más raro; que sea del color de la luna. Verás como no puede lograrlo.

Apenas había explicado la princesa su nuevo deseo y ya el rey decía a sus bordadores famosos:

—Bordadlo de tal modo que el astro de la noche sea una sombra junto a su esplendor. Y cuidad de que esté listo en pasando cuatro días.

Al cumplirse la fecha, fué entregado el nuevo vestido, el cual movió la admiración del rey y de la misma princesa hasta el punto de faltar poco para que ésta consintiese en la boda sin más exigencias. Pero inspirada por su madrina, supo decir:

—Yo no quedaré satisfecha hasta poseer un vestido del color del sol y más brillante todavía.

Y el rey, que la adoraba con un amor sin igual, llamó al mejor tejedor de tisú y al mejor lapidario, a los cuales habló así:

—Os mandaré dar muerte con los mayores tormentos, si no conseguís, con tisú de oro y diamantes finos, hacer un traje más esplendoroso que el sol.

El rey no tuvo que ejecutar dicha pena, porque antes de los seis días ya estaba concluída la obra de arte. Tan bella era, tan rica, tan radiante y viva que cegaba con más fuer-



*La princesa, muy rubia y hermosa, se probó los trajes*

za aún que el auténtico globo que brilla en el parque azul del cielo.

La infanta, confundida por aquel prodigo no supo qué responder; pero allí cerca estaba la madrina, que, cogiéndola de la mano, le dijo al oído:

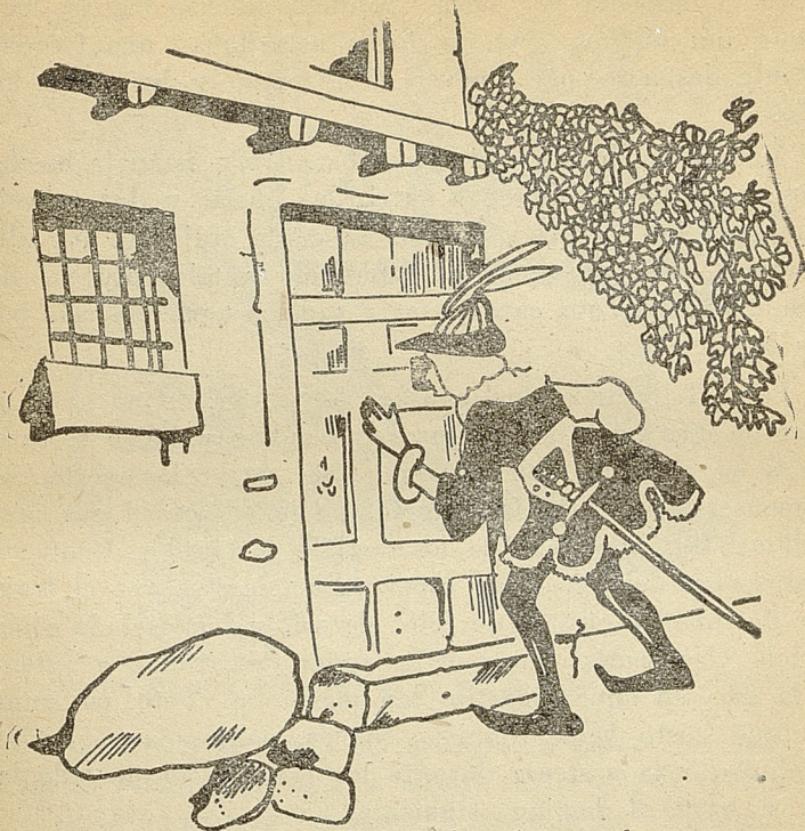
—No hay que abandonar el buen camino. ¿Qué representan esos regalos, mientras el rey tenga ese burro que no cesa de llenarle de onzas de oro los bolsillos? Pídele la piel de ese extraordinario animal. Como es la única fuente de riqueza, estoy segura de que no te la dará.

Aquella listísima hada no sabía, sin embargo, que cuando se quiere mucho no se repara en la calidad del regalo. Y por esto se equivocó. La piel del asno fué al instante regalada a la princesita. Pero ésta, al verla, se sintió horro-rrizada y comenzó a llorar. Acudió la madrina y le hizo presente que cuando se hace el bien no se debe lamentar; que era necesario hacer creer al rey que estaba dispuesta a ser su esposa, pero que en seguida, sin compañía de nadie, salir del palacio y retirarse a un país lejano, para evitar la desventura próxima y cierta.

—He aquí una gran arqueta, en la cual vamos a meter tu ropa, tu espejo, tus trajes ricos, tus diamantes y tus ru-bíes. Además, yo te regalo mi varita prodigiosa. Si la llevas en la mano, la arqueta te seguirá por todas partes; pero oculta bajo la tierra; y cuando tu quieras abrirla, tocarás el suelo con la varita y se ofrecerá en seguida a tus ojos.

Para que nadie pueda conocerte — siguió diciendo el hada madrina — te vestirás con la piel arrancada al burrito. Bien oculta en esta máscara admirable, ¿quién va a sospechar que bajo ella hay algo verdaderamente hermoso?

Transformada de este modo la princesa, abandonó el palacete de nácar y de coral donde había estado charlando con su madrina, y comenzó su fuga por los campos fresquitos en una mañana espléndida.



*El principe aplicó el ojo a la cerradura*

El rey, mientras tanto, fué sorprendido en medio de sus arreglos de boda por la noticia terrible. La princesita había desaparecido; no se la encontraba en parte alguna.

—¡Que busquen por todas las casas, que cierren los puentes y se aposten en los caminos! — gritaba nervioso. Pero todo fué inútil. Era imposible adivinar el paradero de la princesita.

La infanta, mientras tanto, seguía su camino, vestida de asno y embadurnado el rostro con tizne. Al pasar por las casas, llamaba a la puerta y pedía trabajo; pero todo el

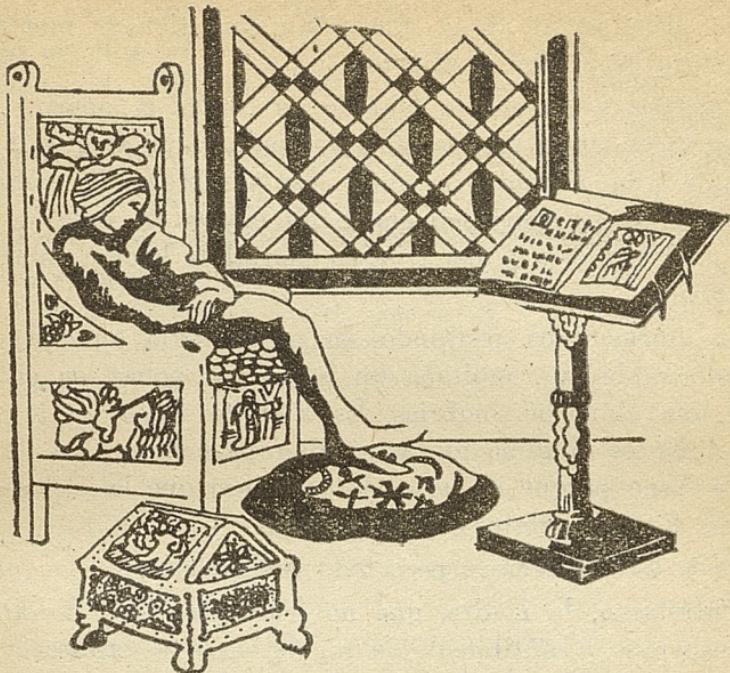
mando la despedía por sucia. Anduvo muchas leguas, hasta que dió con una alquería donde necesitaban una fregona bastante despierta para mover el estropajo y bañar a los cerdos.

Metida en un rincón de la cocina, donde están la escoba y los escobillones, empezó a sufrir las burlas y los atrevimientos de los criados y de toda la gente ordinaria que allí concurría. Ella, sin estar acostumbrada a tales pruebas de ingenio, no sabía qué cara poner y cada vez parecía más bobo a los demás.

Pero al llegar el domingo se desquitaba; en un abrir y cerrar de ojos hacía sus tareas de fregatriz y luego se retiraba a su cuartito, donde, después de cerrar la puerta, se desenmascaraba, abría la arqueta, ponía en orden sus maravillosos vestidos y en fila los tarritos de tocador. Contenta y satisfecha, delante de su espejo se ponía una vez el traje color de luna, y otra el de color de sol, y luego el de color de cielo. No sentía más que no poder desenrollar y extender la cola en aquel cuartito tan mezquino. Pero, en cambio, ¡qué gusto verse limpia, blanca, sonrosada y joven! Aquel placer la sostenía durante las penalidades de toda la semana, hasta el domingo siguiente.

Habíamos olvidado advertir que en aquella alquería se criaban todas las aves raras de un rey poderoso y magnífico, muchas de las cuales lucían nombres más raros que sus plumajes: *bulbules*, *rascones*, *avutardas*, *papemores*, *ánsares*, *cuervos marinos*, etc. Aves y pájaros de todos los climas y de todas las formas y colores.

El hijo del rey, durante sus horas de esparcimiento, solía venir con los señores de la corte a tomar un refresco y ver las aves de la alquería. Ante su figura, verdaderamente real, y su semblante viril, Piel de Asno, que le contemplaba desde lejos, se sintió conmovida; de lo cual dedujo que



*Gemia, lloraba y suspiraba el príncipe, enfermo de amor*

su corazón seguía siendo de princesa, a pesar de todos sus trabajos ruines y de toda la misera costra que la encubría.

—¡Qué apostura tan noble y tan sencilla al mismo tiempo! ¡Qué amable debe de ser y qué dichosa será la mujer que escoja! Un vestido cualquiera, sin valor, regalado por su mano, haríame más dichosa que todos los que poseo.

Un día, paseando sin rumbo, el príncipe pasó por una alameda muy obscura en la cual tenía su habitación aparte Piel de Asno. Aunque conocía bastante bien los alrededores de la alquería, nunca se fijó en aquel pequeño albergue. Pero esta vez quiso enterarse de lo que sería y aplicó el ojo a la cerradura.

Era domingo y Piel de Asno ensayaba sus composturas. Acababa de vestirse el traje de tisú de oro y diamantes y despedía de su persona un brillo y una juventud fantásticos.

El príncipe, al verla, quedó tan sugestionado que estuvo a punto de perder el aliento.

Por tres veces estuvo tentado de forzar la puerta, pero las tres veces sintió un respeto sólo comparable al que se tiene frente a la divinidad, y dejó caer sus brazos. Pensativo, se alejó y se introdujo en sus habitaciones de palacio.

Una languidez y una tristeza mortal le hacían estar como enfermo.

Se atormentaba pensando en quién sería aquella criatura admirable que habitaba un lugar tan pobre, en el fondo de una alameda sombría. Es Piel de Asno — le dijeron —. No es ninguna ninfa, ni ninguna belleza. La llaman Piel de Asno porque no usa más vestidura que la piel de ese animal. Es una criatura boba y sucia.

Todo esto le decían; pero todo fué en vano.

Entretanto, la madre, que no tenía otro hijo, lloraba y se desesperaba. Inútilmente le rogaba que se explicase, que dijera lo que tenía. El príncipe gemía, lloraba y suspiraba. Al fin le dijo a su madre que quería comer un pastel fabricado por Piel de Asno. La madre no comprendía lo que aquello quería decir, pero alguien le explicó, en seguida, haciendo muchos aspavientos, que Piel de Asno era un bichejo más negro que una chimenea, una estropajosa indigna e incapaz de hacer dulces para un hijo de la reina.

—No importa — dijo ésta —. Es su gusto y nosotros no tenemos más remedio que satisfacerle.

Y Piel de Asno tomó su harina — una harina que había hecho cerner expresamente para que la pasta saliera más suave — y tomó la sal, la mantequilla y los huevos recién puestos; y para hacer bien el pastelillo se encerró en su cuarto. Se puso el vestido de plata, para dar más solemnidad al acto y comenzó su tarea.

Dicen que con el movimiento de sus manos se le des-

prendió, por casualidad, un anillo de gran valor, quedando metido en el pastel.

Jamás se hubo amasado un pastel tan exquisito. Y el príncipe lo halló tan rico, que, por comerlo glotonamente, estuvo a punto de tragarse el anillo. Al ver, de pronte, la admirable esmeralda y el diminuto arete de oro, sintió en su corazón una alegría increíble. En seguida besó muchas veces la joya y la escondió bajo la almohada. Pero su enfermedad no desapareció por eso. Los médicos cargados de experiencia, viéndole enflaquecer día por día, declararon que el príncipe estaba enfermo de amor. ¡Oh, maravillosa rapidez de los sabios!

Convencidos todos de que la enfermedad era el amor y de que esta enfermedad tiene una cura radical en el casamiento, determinaron casar al enfermo. Este, al oír la resolución, dijo: — Conforme con tal que se me otorgue por esposa la mujer a quien este anillo le ajuste perfectamente.

La sorpresa de los reyes ante la salida del hijo fué grandísima, pero, como estaba tan delicado de salud, no quisieron contradecirle. Por lo cual, en seguida comenzó la busca de aquella que gracias al anillo había de ser la esposa del heredero.

Y llegó el día de las pruebas. Los primeros ensayos se hicieron con princesitas, jóvenes marquesas y duquesas. Pero sin éxito. A pesar de que sus manos eran pulidas y finas, el anillo no entraba en sus dedos. Pasaron luego las condesas y las baronesas y luego toda la gente noble. Todas presentaron inútilmente sus bellas manecitas.

Luego pasaron las simpáticas modistillas, que, por ser tan menudas, tenían ciertas probabilidades; pero la sortija fué despidiéndolas con un desdén nunca visto.

No faltaba más que el ramo de sirvientas. Pasaron, pues, las cocineras, las fregatrices, las criadas más o menos robustas y coloradotas.



*Todas las mujeres del reino acudieron a probarse el anillo*

Todo fué inútil.

Viendo al fin que no quedaba por ensayar más que la pobre Piel de Asno, se creyó terminada la prueba. Pero el príncipe dijo: — ¿Por qué no ha de acercarse también ella? ¡Que venga! — Todo el mundo sonrió desdeñosamente. Algunos decían bajito: — ¡Qué mal gusto, traer aquí una muchacha tan sucia!

Pero cuando ella sacó de la piel negra su manecita, que parecía de marfil teñido de un rosa suave, y cuando el anillo entró perfectamente en su dedito, como mandado fabricar exprofeso, toda la corte quedó atónita.

Inmediatamente repuestos del asombro, quisieron llevarla ante el rey, pero ella pidió que la dejasen cambiar de vestido. La dejaron ir a una sala contigua; mientras tanto, los concurrentes se preparaban a reír, seguros de que saldría hecha una ridiculez. Pero cuando apareció en la puerta y cruzó las salas con un pomposo vestido, cuya riqueza nunca

fué igualada, y sus cabellos suaves y rubios, que brillaban a la luz, confundidos con los destellos de los diamantes, y con sus ojos azules, grandes, dulces y rasgados, que, llenos de majestad, miraban sin atraer y sin ofender, y con su talle minúsculo que se podía abarcar con la mano, a las damas de la corte se les cayeron los adornos y los moños de tanta estupefacción y envidia.

En medio de la algazara y júbilo de toda la asamblea, el rey no llegaba a comprender cómo su nuera tenía tantos encantos, la reina estaba como trastornada, y el príncipe, colmada el alma de alegría, cayó como en un sueño.

Todos se prepararon para las bodas. El monarca invitó a los reyes vecinos, que con sus séquitos brillantes dejaron sus estados para asistir el día famoso. De los países moros y de las tierras de Oriente fueron llegando en sus tranquilos elefantes y camellos. Algunos, por lo negro de sus semblantes, daban miedo a los niños.

Pero ningún rey, ningún príncipe apareció con tanta brillantez como el padre de la desposada, el cual había olvidado ya completamente sus pretensiones antiguas; no quedábale ya más que un gran amor paternal. — ¡Bendito el cielo que me otorga el regalo de verte otra vez, hija mía! — exclamó, y, llorando de alegría, la recibió en sus brazos. Todos se interesaron por el padre y la hija. Y el príncipe se sintió orgulloso de ser yerno de tan poderoso rey.

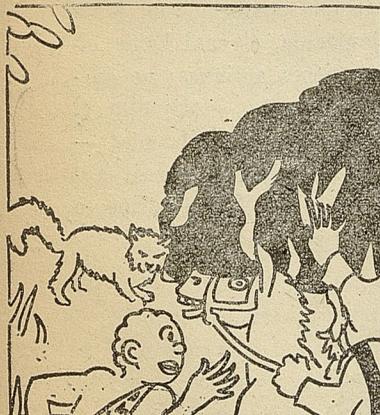




1.—Tarzán vió venir a un enano de barba y bonete puntiagudo, montando en un burrito. Le pidió que lo llevara, porque el pobre Tarzán ya no andaba de puro cansado.



2.—Por el camino les salió al encuentro un tigre. Tarzán dijo que él no podía pelear con el tigre, pues se sentía todo adolorido con la paliza que le diera Chascón.



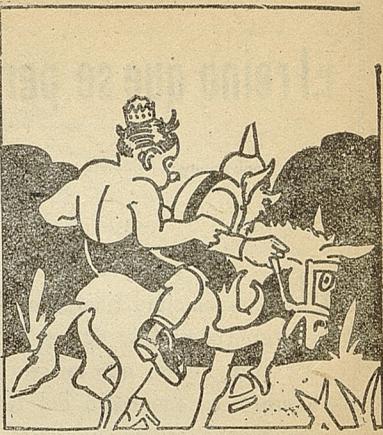
3.—El enano era un mago poderoso, de manera que cambió al tigre en gatito regalón, diciendo unas cuantas palabras secretas. Tarzán quedó admirado.



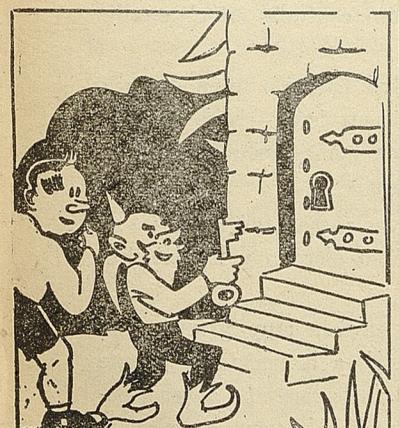
4.—Tarzán le pidió entonces ayuda al enano, el cual hizo venir volando por el aire a Chascón, para que Tarzán lo castigara. Chascón, volando, parecía un pajarito.



5.—Pero Chascón, apenas vió a Tarzán, pasó volando por encima de su cabeza y le dió un puntapié en la oreja, dejándolo más sordo que el brujo Sordonaci.



6.—El enano, muy entretenido con lo que sucedía, se rió mucho y se llevó a Chascón en su burrito, dejando a Tarzán en el camino, solo con sus penas.



7.—Llegaron a un castillo de tres altas torres. El enano sacó una llave de oro y abrió la puerta. Invitó a comer a Chascón, encantado de conocerle.



8.—El enanito se sentó a comer encima de la mesa. Un hombre gordo y de largos bigotes le trajo a Chascón una fuente llena de ricos manjares. Chascón estaba feliz.

¿Qué irá a hacer Tarzán para vengarse?... ¿Podrá vencer a Chascón?

# El reino que se perdió por un clavo

Hace muchísimo tiempo el Rey de los Paises Bajos declaró la guerra al Rey de las Tierras Altas.

El Rey Pedro, que así se llamaba el primero, fué con sus hombres al encuentro del Rey Pablo y sus huestes, que los aguardaban en las montañas.

Trabaron una feroz batalla. El Rey Pedro tenía un ejército mucho más pequeño que el del Rey Pablo. Además el Rey Pedro no conocía muy bien aquel país montañoso, pero no abrigaba ningún temor, pues confiaba en el auxilio de un aliado.

—Cuando los hombres del Rey Etelredo estén dispuestos a marchar, él me enviará un mensajero — dijo el Rey Pedro a sus capitanes. — Mientras tanto procurad derrotar al enemigo con los hombres que tenéis.

Pero aquel día la suerte de las armas fué contraria al Rey Pedro, porque Pablo envolvió su ejército y le hizo muchos prisioneros.

—Sin duda el Rey Etelredo enviará muy pronto aviso de la llegada de sus hombres — dijo a la mañana siguiente el Rey Pedro a sus capitanes. — Yo le esperaba anoche, pero quizá llegue esta mañana y cuando mis enemigos vean la llegada de este ejército, tendrán miedo y se retirarán.

El mensajero salió la noche anterior. Era hombre alto y fuerte y montaba un caballo rápido y poderoso. Durante todo el día continuó su viaje para llevar al Rey Pedro la no-



*Durante todo el día el mensajero continuó el viaje*

ticia de la llegada de Etelredo y por la noche se detuvo ante una pequeña posada.

—¿Queréis dormir aquí, señor? — preguntó el posadero acudiendo a tenerle el caballo.

—No — contestó el caballero. — Sólo me detendré un momento para tomar un bocado, pues he de dar un importante recado al Rey Pedro. Examinad las herraduras de mi caballo y dadle también un buen pienso, porque aun nos queda un largo camino.

El mensajero entró en la posada y se sentó para comer y, mientras tanto, el hostelero llamó a su hijo, muchacho de diez y seis años, y le dijo:

—Examina las herraduras del caballo y dale un buen pienso.

El joven llevó el caballo a la cuadra y examinó sus herraduras, una por una. Observó que una de ellas estaba algo floja, por haberse desgastado un clavo.

—Maldita sea! — exclamó el muchacho. — Ahora tendré que llevar el caballo al herrador, para que le ponga otra herradura. Pues, no. Estoy cansado y hambriento. La herradura no se caerá y nadie se enterará de ello.

El perezoso muchacho nada dijo de la herradura floja y en cuanto el mensajero hubo acabado de cenar, montó de

nuevo a caballo y continuó su viaje. Esperaba llegar antes de amanecer, pero cuando el caballo atravesaba un desierto, dejó de galopar, cojeando. Abandonó el trote para tomar el paso y en vano fué que el jinete lo azotara con su látigo. Por fin echó pie a tierra y examinó uno a uno los cascos del animal. Entonces pudo advertir que había desaparecido la herradura de la pata trasera derecha.

—¡Maldito sea aquel muchacho, por su descuido! — exclamó, rabioso, el mensajero. — ¿Qué haré? Por aquí no hay ningún herrador.

Anduvo de un lado a otro, en busca de una luz que le indicara una habitación humana, pero no pudo descubrir ninguna.

—No tengo más remedio que seguir a pie — se dijo al fin.

Y, en efecto, echó a andar, pero con la obscuridad se extravió, como pudo comprobar al amanecer. Sin embargo, durante todo el día siguió avanzando, cansado, hambriento y desesperado, al darse cuenta de que no había podido llevar su mensaje.

Mientras tanto el Rey Pedro le esperaba con ansiedad. A medida que pasaban las horas más adverso le era el curso de la guerra y sus hombres perdieron el ánimo al darse cuenta de que no había recibido ninguna noticia de la llegada del Rey Etelredo.

—Nos ha hecho traición — decíanse los soldados. — No quiere socorrernos. Y aquí estamos en las montañas, en situación desesperada y sin que nadie nos ayude. Valdría más que nos rindiésemos.

Por la noche, en vista de que aún no había recibido ninguna noticia, el Rey Pedro perdió por completo la esperanza.

—No puedo consentir por más tiempo la matanza de mis hombres — dijo el Rey. — Aprovechando las sombras de la noche, podremos retirarnos.

Así, pues, aquella noche, aprovechando el sueño del enemigo, los soldados del Rey Pedro emprendieron la retirada; mas, por desgracia, asustaron a un rebaño de cabras que se dispersaron en todas direcciones, balando, y despertaron a los enemigos. Inmediatamente resonaron los clarines y los hombres del Rey Pablo se pusieron en pie.

Al notar la tentativa de fuga de sus enemigos, montaron a caballo, y, siguiendo los senderos que conocían muy bien, rodearon a los fugitivos, de tal manera, que éstos no tuvieron más remedio que rendirse.

—En adelante me pertenecerá vuestro reino — dijo el Rey Pablo a su enemigo. — Reinaré en él y vos os marcharéis al reino de vuestro hermano, para no volver más. Podéis elegir entre estas condiciones o la muerte.

Así fué como el Rey Pedro tuvo que expatriarse, después de haber perdido su reino, y el Rey Pablo ejerció en adelante su autoridad sobre los Países Bajos y las Tierras Altas... y todo a causa de un clavo.

Por un clavo se perdió una herradura.  
Por una herradura se perdió un caballo.  
Por un caballo se perdió un jinete.  
Por un jinete se perdió una batalla.  
Por una batalla se perdió un reino.



# La mesa encantada

**H**ubo una vez una mesa muy extraña. Tenía el tablero redondo y cuatro sólidas patas, que terminaban en unos pies semejantes a los de un león, puesto que, además, estaban provistos de garras. Y en torno del borde del tablero estaban esculpidos numerosos animales.

Durante muchos años aquella mesa estuvo en la cocina de un sastre llamado el señor Retazos, y nadie conocía sus facultades mágicas.

Un día acudió un viejo a ver al sastre Retazos. La mujer de éste lo llevó a la cocina, para darle una taza de café, y en cuanto el forastero vió la mesa, se quedó asombrado y exclamó:

—¡Esa mesa es mágica! ¿No lo saben ustedes?

—¿Y en qué consiste su magia? — preguntó la buena mujer, incrédula.

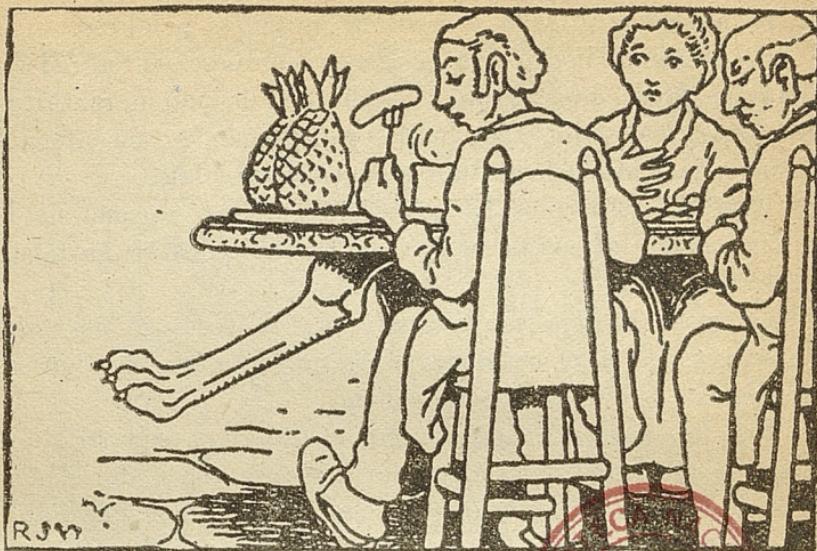
—Vea — dijo.

Se acercó a la mesa y, apoyando sus manos en el centro, dió tres fuertes golpes y exclamó:

—¡Salchichas y tocino! ¡Pan tierno y chocolate!

Y aunque no lo creáis, en el acto aparecieron sobre la mesa un plato de salchichas y de tocino, un pan entero, tierno, y un jarro lleno de aromático chocolate.

La señora Retazos no podía creer lo que estaba viendo. Sentóse en una silla, abrió la boca como un pez, tratando de decir algo y, por fin, llamó al sastre, que estaba en la tienda.



*La mesa extendió una pata hacia el fuego*



Cuando le comunicó lo sucedido, el sastre se quedó asombrado en extremo. Mientras tanto el viejo golpeó de nuevo la mesa, exclamando:

—Dos piñas y un plato de frutillas frescas.

En el acto apareció lo pedido y, por fin, el señor Retazos preguntó:

—¿Podemos comernos todo esto?

—Naturalmente! — contestó el viejo.

Sentáronse todos a la mesa y empezaron a comer.

La mesa permaneció quieta, a excepción de un momento en que extendió una pata hacia el fuego, dando con ello tal susto al sastre, que se tragó una salchicha y corrió peligro de atragantarse.

—Bueno, trátelas bien — dijo el viejo, disponiéndose a marcharse. — Es muy sensible y le gusta hallarse en una buena casa. Tampoco olvide pronunciar una vez por semana estas palabras mágicas.

Se acercó a su oído y murmuró algunas palabras.

El sastre lo invitó a comer cada domingo, en agradecimiento al favor que les había hecho. Al principio tanto los hijos como los amigos del sastre, no cesaban en sus alabanzas hacia la mesa y le pedían toda clase de platos.

Retazos daba unos banquetes magníficos y como no le costaban nada los manjares, todos los invitados se hartaban a más no poder.

La mesa parecía muy satisfecha. A veces se acercaba al fuego y en otras ocasiones daba un puntapié a alguien, pero, por lo demás, se conducía bien.

Un día, sin embargo, se impacientó. Los seis hijos de Retazos se sentaron a su alrededor y empezaron a darle puntapiés en las patas. Enriqueta derramó su limonada, Pablo le hizo un agujero con el cortaplumas y Susana la rascó con las uñas.

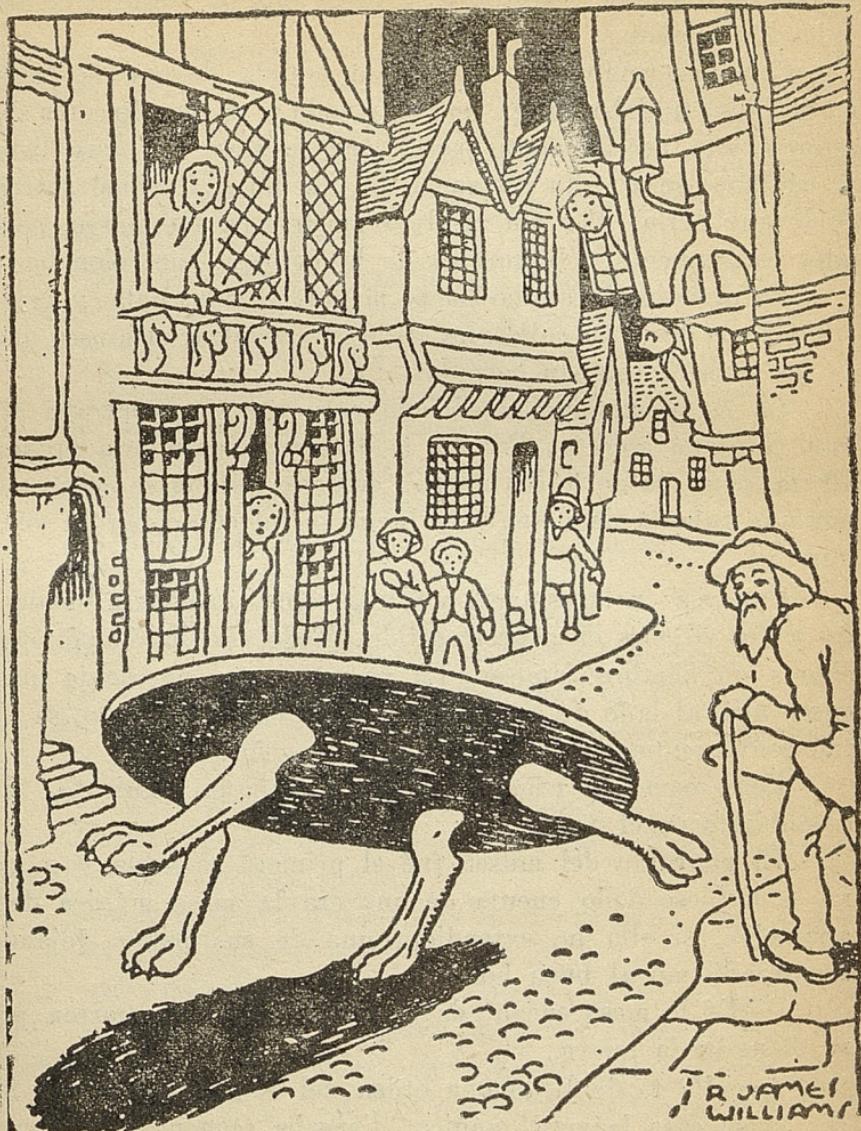
Entonces la mesa perdió la paciencia y, levantando una pata, golpeó al pequeñuelo, quien se echó a llorar, quejándose.

—¿Cómo te atreves a pegar a mi hermano? — preguntó Amelia, que era la mayor. Al mismo tiempo dió una patada a la mesa, pero ésta levantó una pata y la arañó como si fuese un gato.

La niña salió llorando y al poco rato el sastre y su mujer volvieron al comedor y el primero reprendió a la mesa; pero ésta, en vez de escuchar humildemente, levantó una pata y golpeó al sastre. Hecho eso se acercó a la chimenea.

La mesa ya estaba harta de la familia. Nunca le fué simpática, porque todos eran egoístas y decidió marcharse para no volver.

Se dirigió a la puerta y como el sastre y su mujer adivinaron su intención, acudieron para impedirle el paso, pero la mesa se levantó sobre sus patas traseras y empezó a golpearlos.



*Echó a correr de un modo extraordinario*

Salió después corriendo a la calle ante la admiración de todos los vecinos.

Como se comprende, circuló la noticia de que la mesa maravillosa andaba suelta por el pueblo y todos, deseosos de apropiársela, acechaban su paso. Pero la mesa era muy lista y, ocultándose a corta distancia del pueblo, reflexionó acerca de lo que haría. Por fin resolvió meterse en un museo, porque, seguramente, allí gozaría de la paz que ambicionaba.

Emprendió el camino hacia la ciudad inmediata y recorriendo sus desiertas calles, no tardó en encontrar el museo, pero las puertas estaban cerradas.

La mesa examinó el edificio para ver si encontraba alguna ventana abierta. Por fin la descubrió, aunque a grande altura, pero eso no le dió ningún cuidado porque se encaramó por una tubería de desagüe y luego se introdujo por la ventana.

Una vez en la estancia vió una cama, una mesa cuadrada y dos sillones de aspecto sólido. Todo ello había pertenecido a un hombre famoso. La mesa creyó conveniente quedarse allí, al lado de aquellos muebles, y, por lo tanto, se situó convenientemente y se entregó al sueño.

Pero, como se comprende, a la mañana siguiente, fué descubierta en el acto.

El guardián del museo fué el primero en verla y quizás no se hubiese dado cuenta de que era la mesa mágica desaparecida, si ella no extendiera una de sus patas, dejando asombradísimo al buen hombre.

—¡Es la mesa encantada! — gritó echando a correr, para difundir la nueva.

Aquella tarde llegó una orden del Rey, que deseaba tener en su casa la mesa mágica. Pensaba economizar así mucho dinero, porque se evitaría el gasto de los banquetes y además se proporcionaría una gran fama.

La mesa oyó hablar al mensajero regio y quedó muy

complacida. En el palacio no haría tanto frío. Se puso en pie y se dirigió a la puerta, en tanto que todo el mundo huía, porque ya estaban enterados de cómo derrotó al sastre y a su familia. Pero aquella vez la mesa no quería luchar, sino verse en algún lugar agradable y cálido. El guardián del museo intentó cerrar la puerta, para impedirle el paso, pero la mesa le dió un empujón y salió bailando, para entrar en calor. Y tomó el camino del palacio.

Todos se figuraron que quería emprender la fuga y la siguieron para ver adonde iba. Y se quedaron muy sorprendidos al observar que subía la escalera del palacio.

—Ha ido a ver al Rey — exclamaron los curiosos.

La mesa penetró en el palacio sin que nadie tratara de impedírselo, porque tanto los soldados como los lacayos estaban demasiado sorprendidos.

Mientras tanto, la mesa encontró al Rey en su estudio y escribiendo una carta.

—¿Quién va? — preguntó, enojado, el monarca. — ¿Cuántas veces he de decir que no se me interrumpa?

La mesa se acercó al Rey y le hizo tal reverencia que, con el tablero tocó el suelo. Luego se enderezó, levantando una de las patas para saludar.

El Rey alzó la mirada e inmediatamente se puso en pie de un salto y echó a correr, asustado, porque, hasta entonces, nunca viera una mesa igual.

Esta se acercó al fuego para calentarse y el Rey, al fin, se serenó un tanto y llamó a sus criados.

—Ahí está esa mesa maravillosa — dijo. — Llevadla a mi comedor de gala y mandad inmediatamente invitaciones a todos los reyes, reinas, príncipes y princesas que viven cerca, para que asistan a un banquete que daré esta noche. Y decidles que cada uno de ellos podrá beber y comer lo que le plazca.

Cuando llegó la hora de la cena, los lacayos cubrieron

la mesa con un magnífico mantel de tisú de oro. Luego pusieron encima platos y cubiertos, también de oro, y todo aquello resplandecía de un modo maravilloso. En cambio, no sirvieron ningún manjar, ni siquiera pan. La mesa había de suministrarlo todo.

En breve llegaron los invitados y con mucha extrañeza, contemplaron aquella mesa, en la que no había más que el servicio y un jarrón de flores.

—Servios tomar asiento — dijo el Rey, sonriendo a sus comensales. — Os he invitado a venir esta noche, para que veáis mi mesa mágica. Fijáos ahora.

Dió tres golpes sobre el mueble y, al mismo tiempo, exclamó:

—Un plato de panecillos de Viena, otro plato con tostadas recién hechas.

Ante los maravillados ojos de sus invitados, apareció lo que había pedido. Y el Rey, haciendo una leve reverencia, cual si fuese un mago que realizase juegos de manos, exclamó:

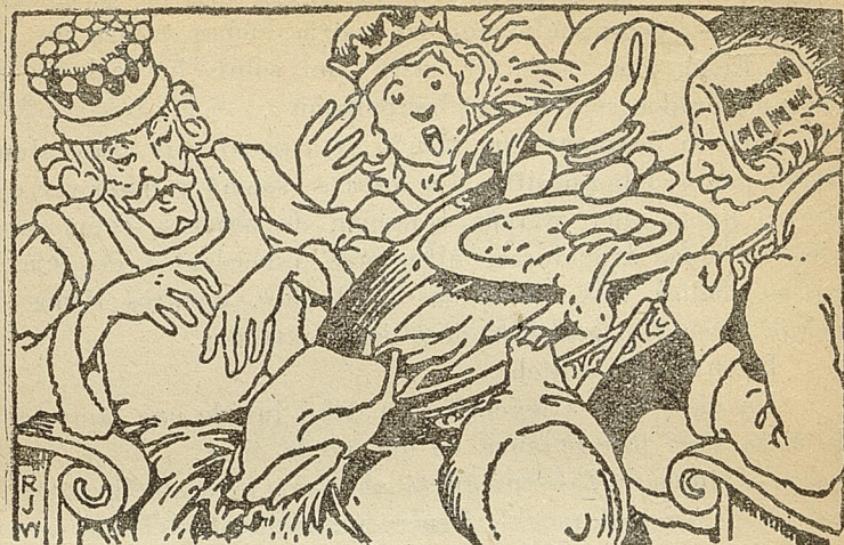
—Ahora, Reina Puf, tened la bondad de manifestar lo que queréis para vuestra cena y yo os lo proporcionaré. Para ello golpead tres veces la mesa.

Uno por uno, los invitados manifestaron sus respectivos deseos y se maravillaron al ver que se cumplían todos. Luego empezaron a comer, pero, de pronto, el Rey Pif tuvo una idea.

—Oíd — dijo a su anfitrión — ¿no será posible que esa mesa dé algo más que comida, por ejemplo, oro?

Todos se quedaron interesadísimos al oír tal pregunta, pues eran muy codiciosos.

La pobre mesa empezó a temblar. Hasta entonces nunca le habían pedido cosas semejantes y siempre pudo proporcionar lo que le pedían. Además su magia no le permitía hacer aparecer oro y joyas. Se esforzó cuanto pudo para com-



*Al rey le cayó un pollo asado sobre las rodillas*

placer a los invitados, pero únicamente logró ofrecerles sa-  
cos de coles o de manzanas y barras de chocolate.

—Maldita mesa! — exclamó el príncipe Bon, sacando  
la espada para darle unos cuantos tajos.

—¡Es una mesa idiota! — gritó a su vez la Reina Puf,  
dándole un puñetazo.

Aquello era ya demasiado para la pobre mesa, que se  
puso en dos pies y empezó a luchar.

Cayeron al suelo los platos y los cubiertos. El Rey vió  
caer un pollo a sus rodillas y la Reina Puf quedó bañada en  
una salsa caliente. El Príncipe Bon empezó a gemir, cuando  
un jamón cayó sobre uno de sus pies.

Mientras tanto la mesa empezó a repartir golpes a dere-  
cha e izquierda, sin olvidar los arañazos, buena parte de los  
cuales recibió la Reina Puf. En una palabra, la mesa se di-  
virtió en grande.

El Rey, por su parte, llamaba a los soldados y, en breve, la mesa comprendió que no podría luchar contra los fusiles. Echó, pues, a correr, saltó por sobre las cabezas de los asombrados soldados y desapareció.

Por fin llegó ante una tienda de aspecto muy raro, alumbrada por una lamparilla. La mesa se asomó y pudo ver que dentro había una extraña colección de objetos, como muebles, antiguas armaduras, alfombras procedentes de lejanos países, bellos vasos, bandejas de bronce, cuadros llenos de polvo... en fin, multitud de objetos extraños.

Penetró con cautela.

Un viejo estaba leyendo a la débil luz de una lámpara y la mesa tuvo la esperanza de que no la oiría.

—¿Quién va? — preguntó el viejo, pero sin levantar la cabeza de su lectura. — Espere un momento. Termino esta página y voy a servirle.

En cuanto el viejo hubo terminado la lectura de la página levantó la mirada, mas no vió a nadie en la tienda. ¡Qué cosa tan extraña!

A partir de entonces nadie ha oido hablar de la mesa encantada. Continúa allí, feliz y olvidada, en la tienda del anticuario. Y si alguna vez veis una mesa en cuyo borde estén esculpidos numerosos animales y que por patas tenga cuatro garras, compradla, porque, con toda seguridad, será la mesa encantada. Pero luego cuidad mucho de darle buen trato.



# CHASCON

QUIERE QUE SUS LECTORES ESTEN CONTENTOS

LES OFRECE UNA  
LINDA BICICLETA  
Y MUCHOS  
HERMOSOS JUGUETES

CHASCON ha sido recibido con tanto entusiasmo por los niños, que desea hacerles, en agradecimiento, muchos regalos preciosos. Para eso, abre un Concurso muy fácil y entretenido. Por medio de este concurso, todos los lectores de CHASCON se van a convertir en grandes pintores.

LO QUE ES ESTE  
CONCURSO DE  
CHASCON

Desde este número una de las fapas de la revista va a llevar, como de costumbre, un dibujo para colorear, pero este dibujo irá numerado. El niño que quiera participar en el Concurso, tiene que ponerle color a este dibujo y en seguida enviarlo a: "Revista Chascón", Casilla 63 D. o Agustinas 1639. Santiago.

Estos dibujos para colorear aparecerán hasta el jueves 10 de septiembre. Es decir, los niños tendrán que ponerle color a 16 dibujos, ya que cada semana saldrá uno.

El que pinte mejor las 16 tapas para colorear, recibirá en premio la más linda bicicleta de todas las que hay en el país. La bicicleta está en la vidriera de la Editorial Ercilla, Agustinas 1639.

A los que hayan pintado las 16 tapas un poquito menos bien, o hayan enviado solamente unas cuantas tapas y no el número completo, les repartiremos otros premios, también muy bonitos. Serán juguetes escogidos especialmente para ellos.

Los nombres de los premiados los publicaremos en la revista el jueves 17 de septiembre y desde ese día se podrán cobrar los premios.

*Póngase, pues, todos los jueves, a pintar el dibujo para colorear que va numerado en una de las tapas de CHASCON. En seguida envíelo a:*

**'REVISTA CHASCON'**

*Casilla 63 D. o Agustinas 1989  
Santiago*

*CHASCON* pide a sus lectores que coloren  
esta página del Concurso

CUADRO N.º 1



Ponga en el margen su firma y dirección y envíenos este dibujo cuando  
lo tenga pintado a su gusto.

Prensas de la Editorial Ercilla

**“Mejor Luz  
Mejor Visión”**

**LA DISTANCIA  
DE 35 CMS.**

*es justo la que necesitan  
los ojos de la criatura*



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer---es decir 35 cms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

**Cía. Chilena de Electricidad**